



Pablo Azócar

Natalia, lencería fina

Rafael Otano

La vida cambió el año 83, con el encuentro con Lester. Durante un año, abandonó los quehaceres literarios, los requerimientos ecóicos, su brillante carrera de periodista part-time. Fue un amor loco y exclusivo, como lo son los amores de verdad. Lester, un dorado saxofón adquirido en un remate de París, lo obsesionaba. Castigó sin clemencia los oídos de honestos vecinos de Bruselas, de Roma y de Santiago, e incluso sufrió oscuras denuncias. No se sabe si por manías inconfesables o por méritos propios, su nombre ocupa uno de los últimos puestos en el ranking de los instrumentistas de jazz.

A mediados del 87, su existencia sufrió otro vuelco: una elegante computadora portátil se instaló en su departamento. Lester quedó como pasatiempo ocasional. Su novela, que durante seis años había pasado de las servilletas de papel a los cuadernos Torre y de éstos a la mecanografía Olivetti, cobró vida sobre la pantalla líquida.

Azócar convive en su departamento con una cafetera Magefesa, un acogedor campari que compra en el Unimarc, y unos cigarrillos argentinos marca El Golf cuyo humo se mezcla con un fondo de música de jazz que no cesa.

No le sobra la plata, como le sucede a cualquier escritor, pero en su casa no suelen faltar las galletas de agua.

Pablo Azócar ha escrito la novela más tierna, inhumana, generosa, lasciva, púdica, y desvergonzada de los últimos tiempos. Nadie saldrá del enganche de su lectura sin sentirse un poco más libre y, quizás, algo más bello. Su tema obsesivo: la mujer.

—¿Quién es Pablo Azócar?

—¿Cómo saberlo? Si quieres, me puedes describir como un tipo zundó, insomne, un poco tartamudo, y espe-

cialmente reacto al espíritu eclesiástico y castrense. También soy anarcóide y anti-ONG. Mis únicas debilidades confesables son el miedo al enfisema pulmonar, y una inexplicable afición al Old Spice.

—¿Algún objeto fetiche?

—Aparte de Lester y el computador, está mi viejo maletín de cuero cuyo contenido suscita perversas sospechas en algunos colegas. Creo que perteneció a un tío abuelo, que no se sabe si lo usó ejerciendo como utilero del Eventon, médico de la marina mercante o vendedor de lencería fina. Las versiones familiares no coinciden. Yo me inclino por lo de la lencería.

—Natalia es una novela que trata de la mujer con rara sabiduría. ¿Hasta qué punto el protagonista es misógino o filógino?

—Quiero creer que no es misógino. Pero sí tiene una conciencia de la superioridad de la mujer. El se limita a manifestar ese estupeor que la mujer le provoca. Incluso me atrevería a decir que es una novela feminista en la medida que hay una reivindicación de la mujer en términos de categoría social. Pero, claro, podría ser un misógino camuflado. ¿Quién sabe! Porque tiene miedo, mucho miedo a la mujer, pero no rechazo; yo, por lo menos conscientemente, no lo veo así.

ESE MALDITO TEXTO —Tengo entendido que la escritura de Natalia tuvo muchas peripecias.

—Es una historia larga de casi diez años. En el verano del 80 —yo tenía 21 años— al terminar la universidad, yo estaba hecho polvo. Estaba muy mal, muy sin rumbo y me hice el plan de recorrer Latinoamérica. Pero mi compañero de viaje, Armando Rubio, murió en ese momento y quedé como inhibido. En

revancha, me fui a Estados Unidos y Europa. Bueno, lo único que quería era escaparme. Fui un período bastante oscuro en este país. Recuerdo Estados Unidos, voy a Madrid, me instalo en Bruselas, me dedico a dar vueltas y a trabajar en los más ignobles oficios. Y ahí empieza a salir el tema. Rápidamente escribí 150 ó 200 páginas que entonces me gustaron...

—¿Cómo fue el proceso de escritura?

—Cuando dejé Chile, siempre fui haciendo los típicos borradores, tomando notas, atrapando ideas, registrando anécdotas. Escribí a mano en cualquier papel; no podía de otra manera en aquella época. La primera vez que me sentí en una máquina para elaborar los apuntes fue en Bruselas, en el 82. Y luego, pasaron los años pasando siempre con mi maldito texto que me obsesionaba, escribiéndolo, desescribiéndolo, disminuyéndolo, sacándole atrocidades, no en el sentido moral, sino en el estrictamente literario. Y luego trabajaba y trabajaba y no se me pasaba por la cabeza que se fuera a terminar. Yo era escribiendo la novela. Podría haber llegado a las mil páginas o más. Durante este tiempo, yo rompía, indignado, partes enteras. Creo que es un hábito nefasto de adolescente, de no tener conciencia mínima del oficio de la escritura. Por eso, al final me dije: "Escribo esto y nada más. Es lo único que tengo que decir".

—¿Alguien leía lo que ibas escribiendo?

—Con el paso de los años, todos mis amigos sabían que estaba en esto. Y yo siempre iba como escondido de la novela. No hablaba mucho de ella. Y, por cierto, no la contaba a nadie. Bueno, sí, a Christianne, a algún compañero de trabajo, a una amiga de Bruselas a quien le iba leyendo mi tanta diaria, después a colegas de Costa Rica y últimamente a algunos de Santiago.

Natalia, lencería fina [artículo] Rafael Otano.

AUTORÍA

Azócar, Pablo, 1959-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Natalia, lencería fina [artículo] Rafael Otano. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile